

---

---

# La crisis actual: Análisis, alternativas

---

— Por el Centro de Estudios “Cristianisme i Justicia” —

## INTRODUCCION

Este artículo es el resultado de un trabajo conjunto del “área social” y del “área teológica” del Centro de Estudios “Cristianisme i Justicia” de Barcelona realizado en forma de seminario a lo largo del curso 1985/86. En él se analiza la crisis y se intuyen alternativas en la perspectiva de una apuesta y de un horizonte utópicos. Los ponentes del “área social”, cuyas aportaciones han servido de base para preparar esta síntesis fueron, por orden de intervención, Juan N. García-Nieto, Eduardo Rojo, Josep Miralles, Joan Travé y Jordi López. Esta síntesis ha sido elaborada por Juan N. García-Nieto.

## I. LA CRISIS DE LA “SOCIEDAD DE TRABAJO”

Hace dos años se publicó en Gran Bretaña el libro de John NAISBITT, *Megratends, The new directions transforming our lives*. Había sido ya un “best-seller” en Estados Unidos.

NAISBITT nos ofrece una visión más profunda y cualitativamente diversa de la que nos tienen acostumbrados los profetas clásicos de las “nuevas tecnologías”, y su impacto en la vida social. Explica cómo las tendencias sociales y culturales que acompañan a los avances y cambios tecnológicos actuales, son mucho más que la simple y mera suma de los avances y de las pautas de comportamiento que ellos llevan consigo. El nuevo orden económico-social que se perfila está basado en profundos cambios y desarrollos tecnológicos, ciertamente. Pero tales cambios afectan o están llamados a afectar, al mismo tiempo, según NAISBITT, en diferentes grados y de diferentes formas, a todos los sectores de nuestra sociedad. La estructura ocupacional, las relaciones de produc-

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

ción, los hábitos culturales y familiares están cambiando, o cambiarán, para bien o para mal. Sobre todo se verán profundamente afectadas las actitudes frente al trabajo, la utilización y contenido del tiempo libre y de ocio, e irá apareciendo la apremiante necesidad de un mayor desarrollo y enriquecimiento de la vida personal y comunitaria, a fin de contrapesar y neutralizar la frialdad de la vida tecnificada e informatizada y la acelerada disminución del trabajo productivo asalariado para todos a pleno tiempo.

La tesis de NAISBITT tiene su punto de partida, aunque él no lo diga de forma explícita, en la crisis de la civilización industrial clásica y en la aparición de un orden social nuevo cualitativamente distinto. En síntesis, propone una estructura social radicalmente diferente a la actual, más participativa, menos jerarquizada y más descentralizada, más horizontal en sus relaciones, más creativa desde la base misma de las estructuras sociales.

Este pensamiento de NAISBITT ha sido un punto de partida para nuestra reflexión y para formular una hipótesis de trabajo previa: nos encontramos en un momento de cambio, cuyas consecuencias (muchas de ellas imprevisibles, todavía) las vivirán, sin duda alguna en toda su complejidad, los que hoy son niños. Algunas las estamos ya conociendo y "padeciendo" nosotros mismos, adultos y jóvenes. El drama consiste en que se nos hace difícil llegar hasta la raíz del problema y comprender cómo la crisis de la sociedad industrial (la sociedad de trabajo) pone en entredicho la mayoría de nuestros valores culturales y éticos, de nuestros modos de comportamiento, de nuestras expectativas de trabajo. Y, cosa tal vez más importante, por su envergadura, pone en entredicho a las instituciones sociales, educacionales y políticas, basadas en los principios de la sociedad industrial y anclados en las inercias de la misma.

De esta hipótesis previa de trabajo, brotan, también, unos interrogantes: ¿Estamos dispuestos a preguntarnos si las actuales instituciones sociales, culturales, educativas, políticas y productivas, sobre las que se ha basado y edificado la civilización del trabajo, desde hace trescientos años, pierden consistencia y, en cierta medida, pierden también su razón de continuar igual que hasta ahora? ¿Qué política de futuro, en todos los órdenes, podemos proponer y llevar a la práctica?

Somos conscientes de lo ambicioso de estos interrogantes. Pero no por ello debemos abandonar la investigación. Sin duda un cierto "horizonte utópico" será necesario para encontrar esos caminos de futuro.

Ahora bien, como nos recuerda el mismo NAISBITT, la manera y el método más fiable para anticipar el futuro es comprender la crisis del presente.

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

### a) Significado de la crisis de la civilización del trabajo

Una breve referencia, necesariamente esquemática, a la evolución de la sociedad industrial durante los últimos trescientos años, nos ayudará a comprender el punto "crítico" que debe explicar lo que se denomina como "crisis de la civilización de la sociedad de trabajo". Junto a ello podrá comprenderse, también, lo que a nosotros nos interesa: las consecuencias socioculturales y éticas que tal crisis comporta.

El eje de la sociedad industrial (sociedad de trabajo) está configurado y determinado por las sucesivas formas de trabajo y por los comportamientos humanos que ellas han ido imponiendo. Todo ello está ligado, evidentemente, a la aparición y desarrollo de la máquina y al modo como ésta se ha ido interponiendo entre el hombre y la naturaleza desde el comienzo de la revolución industrial.

El primer momento de esta revolución lo constituye el paso del trabajo artesanal al trabajo de fábrica. Es decir, de un modo de producción basado fundamentalmente en la relación directa entre el hombre y la naturaleza se pasa, gracias a la utilización del vapor y de las sucesivas formas de energía, a la introducción de la máquina. Primero la máquina herramienta y luego la máquina más compleja y automatizada.

Al comienzo de la era industrial se mantenían todavía ciertos hábitos artesanales. En la primera fábrica el proceso de trabajo se articulaba, en gran medida, en torno a grupos de trabajadores. Cada uno de esos grupos o equipos tenía a su frente un "maestro", y se componía de aprendices, oficiales y otras categorías. El proceso de trabajo permanecía, todavía, ligado, de forma unitaria y directa, al proceso de fabricación del producto.

La introducción de la máquina, con un mayor grado de autonomía, inaugura la segunda etapa de la revolución industrial. Y así aparece una segunda forma de trabajo. Consiste en la vigilancia de sistemas de señales procedentes de la misma máquina. Esta vigilancia quedó reservada, en un primer momento, al capataz o al jefe de fabricación. En realidad no eran tanto las señales de la máquina lo que vigilaban, sino a hombres organizados en cadena y transformados en objetos técnicos. Se trata de la primitiva forma de taylorismo que, no lo olvidemos, todavía perdura, magistralmente descrita por Charles CHAPLIN en sus *Tiempos Modernos*. La máquina desempeñó un papel decisivo en la institucionalización de la división social y técnica del trabajo: movimientos especializados y coordinados de diversos grupos de trabajadores, todos ellos orientados

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

y diseñados para fabricar un mismo producto. Esta división del trabajo suprime el "oficio", y los trabajadores se transforman, mayoritariamente, en objetos técnicos.

La siguiente etapa consiste en la sustitución de la fabricación más o menos directa (y cuyo sujeto era el hombre transformado en objeto técnico), por un sistema de vigilancia mucho más complejo. La industria moderna comienza verdaderamente cuando las tareas repetitivas son confiadas, mayoritariamente, a las máquinas automáticas y automatizadas; y, sobre todo, cuando la automatización es controlada y ejecutada por el robot a través de sus diversas generaciones: comenzando por el robot de secuencia fija y repetitiva, hasta los robots dotados de memoria y capaces de realizar funciones diversificadas (fabricación "flexible"). Mucho más decisivo en estas mutaciones será la introducción de la tercera generación de robots, capaces de reaccionar frente a su entorno y dotados de sensores auditivos y visuales. Todo ello va a suponer, está suponiendo ya, un cambio radical en el mundo del trabajo. El trabajador sólo deberá vigilar. Su relación con la naturaleza y con el producto estarán definitivamente mediatizados. La habilidad manual ya no cuenta. El trabajo físico, incluso el intelectual, del hombre lo realiza la máquina.

En la fábrica automatizada y en los servicios automatizados todos los elementos productivos están integrados, desde la energía hasta el objeto producido o computarizado. En este proceso cibernético el papel de decisión y creatividad del hombre tiende a desaparecer. Queda reducido, en la práctica, al control, a la vigilancia y a la interpretación de señales. En realidad es la máquina la que controla y vigila a los ejecutantes. Este cambio cualitativo en el proceso productivo y de servicios tiene consecuencias imprevisibles en todos los ámbitos de la vida del trabajo, de las estructuras sociales y del comportamiento humano.

La novedad radical de este fenómeno no está precisamente en la aparición del robot inteligente o del ordenador que lo controla todo. La novedad más importante consiste en que el sistema colectivo y unificado de producción está capacitado para funcionar con una autonomía total, eliminando a la persona humana del proceso de producción industrial. Esta eliminación no es una simple hipótesis. Existen ya fábricas plenamente automatizadas. No se niega, evidentemente, que ciertos oficios manuales pequeños puedan continuar existiendo. Los códigos de señales tendrán todavía un largo porvenir, y aparecerá otro tipo de profesiones y ocupaciones. Así, por ejemplo, existen todavía en la fábrica de hoy oficios en los que es necesaria la experiencia manual: fresador, ajustador, amanuenses, etc. Pero no se trata de que todavía puedan existir, por ahora, restos del pasado. Lo importante es que globalmente se está abriendo

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

una era nueva en el proceso productivo, y, consecuentemente, en el valor relativo del trabajo humano, tanto físico como intelectual.

Pero aún hay más. El hecho irreversible de la innovación tecnológica, todavía en sus comienzos, está precedido por una profunda crisis económica que estalló en la década de los setenta. Aparte del análisis que pueda hacerse de esta crisis (análisis que ahora no abordamos) y sin que uno y otro fenómeno (la innovación tecnológica y la crisis económica) tengan necesariamente una relación de dependencia, lo que sí es cierto es que ambos unidos lo están trastocando todo. No olvidamos, por otra parte, que el sistema ha encontrado en la innovación tecnológica su propia salida a la crisis, a fin de recuperar la acumulación capitalista a expensas de unos costes sociales muy elevados, a los que en seguida nos referiremos.

En definitiva, pues, la sociedad industrial que hemos conocido, la que todavía, en gran medida, estamos viviendo, ha entrado en CRISIS. Y hablamos de CRISIS DE CIVILIZACION porque los cambios que están ocurriendo penetran y condicionan todos los ámbitos de la vida humana, no sólo el trabajo: valores éticos y culturales, modos de comportamiento, tiempo y contenido dedicado al trabajo, aparición de otras formas de ocupación y desaparición de actividades profesionales que hasta ahora constituían el centro de la vida personal.

A la vista de todo esto, no tiene por qué extrañarnos que aparezcan reticencias a la innovación tecnológica. Pero estas reticencias son tales que, con frecuencia, las respuestas que ofrecen a los retos y amenazas se sitúan al margen del problema: o bien se pretende controlar el crecimiento, frenar y limitar el desarrollo tecnológico; o bien se apuesta por dejar que las cosas sigan el curso que les marcan la ley de la oferta y de la demanda, con gravísimos costes sociales y humanos, como los que en estos momentos estamos ya contemplando: paro, marginación, sociedad "dual", etc.

En ninguno de los dos casos se responde al problema central: *gestionar el progreso técnico como un todo*. Es decir, gestionar las nuevas tecnologías y el mundo del trabajo en general, tanto en función de la disminución del trabajo productivo asalariado, como de la aparición de nuevas necesidades sociales. Las implicaciones que todo ello tiene para la gestión del tiempo "liberado" (*paro*) por la innovación tecnológica son evidentes, sobre todo cuando se refieren al ámbito de los valores éticos y culturales, a las consecuencias de la desocupación masiva estructural, al papel de las instituciones políticas y sindicales. A todo ello nos iremos refiriendo en las consideraciones que siguen.

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

### b) Las consecuencias de la crisis y las claves para una acción de futuro

Lo dicho hasta ahora no son simples abstracciones de fácil futurología. La crisis de que hablamos se hace evidente de múltiples formas, algunas de ellas dramáticamente palpables.

No es sólo el creciente volumen de desempleo (ya en el umbral de los tres millones en España y los dieciséis en la Comunidad Económica Europea), sino en la composición de ese desempleo: el millón y medio de jóvenes, la mayoría de los cuales no ha encontrado todavía su primer empleo, y la perspectiva incierta para los que hoy son niños. Detrás de esta realidad, básicamente cuantitativa, subyace otra realidad de carácter cualitativo: el joven como "capital humano" improductivo se ve sometido a un proceso irreversible de degradación humana y de desvalorización profesional. Al acabar sus estudios esa gran cantidad de jóvenes se encuentra, por un lado, con las puertas cerradas para encontrar una profesión adecuada a su preparación y, por otro, desequipada humana y culturalmente para hacer frente a esa situación y para encontrar otras vías ocupacionales alternativas. La mayoría no tiene más salida que el trabajo precario, eventual o sumergido.

Y así es como está emergiendo y consolidándose esa sociedad "dual": una sociedad con una mínima proporción de personas con trabajo fijo, estable, bien remunerado y de alta cualificación; y el resto, repartido entre "trabajadores sin trabajo", o trabajadores eventuales y sumergidos. Una sociedad dual que segrega necesariamente nuevas formas de marginación y pobreza: desviación social, pobreza cultural, ancianos desprovistos de todo tipo de ayuda, delincuencia, frustración, sentido de inutilidad, inseguridad.

Desde la perspectiva ética y sociológica en que estamos haciendo estas reflexiones, debemos preguntarnos si es posible ofrecer "alternativas" diferentes a las que en estos momentos está ofreciendo la salida "dualista".

He aquí, de forma telegráfica, cinco proposiciones o retos que intentan concretar o sintetizar algunos de los aspectos más importantes de la crisis de la civilización del trabajo. Ellas constituyen la base o punto de partida para las siguientes reflexiones del seminario.

1.º: El "pleno empleo", directa o indirectamente productivo, tal como se ha entendido hasta ahora, no va a ser posible. La innovación tecnológica supone un cambio radical para la oferta ocupacional productiva (*Informe FAST*). Esto supone, pues, que no habrá trabajo productivo para to-

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

dos, por lo menos a tiempo completo. Tal afirmación no implica la no existencia de otras formas de ocupación.

2.<sup>a</sup>: Se hace necesaria, pues, una política ocupacional de nuevo tipo. No sólo la que contempla el "reparto de trabajo" y la necesidad de una nueva forma de remuneración que supere la "ley del valor" ("asignación básica universal", "salario ciudadano") sino, además, el trasvase de la población activa, ocupada o desocupada, hacia otros sectores que, en todo caso, deben planificarse y potenciarse. Nos estamos refiriendo no sólo a otras profesiones que vendrán "inducidas" por el progreso tecnológico, sino, de forma fundamental, a las ocupaciones "socialmente útiles", de creatividad, de educación permanente, etc.

3.<sup>a</sup>: Las etapas educativas, junto a la formación permanente y el reciclaje de adultos y la oferta cultural, en su conjunto, deben sufrir mutaciones sustanciales, adquiriendo nuevas dimensiones y nuevos contenidos. El esquema clásico "educación-trabajo-jubilación", concebido en etapas sucesivas, pierde todo su sentido.

4.<sup>a</sup>: El trabajo, tal como se ha entendido hasta ahora, deja de ser el centro de la vida humana. Es decir, el tiempo dedicado al trabajo, en el conjunto del ciclo de la vida humana, está cambiando y cambiará todavía más. Este hecho se refiere específicamente a los cambios que sufre el "valor trabajo", la "ética del trabajo". Por la específica importancia que tiene este aspecto de la crisis de la civilización del trabajo, en el conjunto de nuestra reflexión, le dedicaremos un apartado especial más adelante.

5.<sup>a</sup>: Las instituciones sociales (políticas, sindicales, culturales en general), basadas en los valores y criterios de la sociedad industrial, se ven sometidas a nuevos retos y ello puede explicar, en buena medida, la crisis de identidad por la que están pasando muchas de ellas. En concreto, hoy se habla de la crisis de los partidos políticos, de la crisis de la izquierda y del mismo sindicalismo. Tema, también, que, por su especial importancia, le dedicamos un apartado propio.

Creemos que es importante advertir que las proposiciones anteriores no son afirmaciones gratuitas. Están basadas no sólo en nuestra propia reflexión durante el seminario celebrado en el curso 84/85, sino, sobre todo, en los estudios serios de prospectiva (OIT, CEE, OCDE, y diversos autores como *HANDY*, *ROBERSTON*, *SCHAFF*, *GORZ*, *Informe FAST*, etc.)

Ante esta perspectiva, que no es, en definitiva, sino fruto de la crisis de la civilización industrial, nos volvemos a plantear los interrogantes que han de servirnos de hilo conductor para las siguientes reflexiones.

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

- ¿Estamos preparados para afrontar positivamente tales cambios?
- ¿Qué implicaciones éticas y políticas llevan consigo?
- ¿No podemos caer en la trampa de la "ciencia-ficción" y de una falsa "utopía" sin ninguna base realista?

## II. CRISIS Y MUTACIONES EN EL "VALOR TRABAJO"

Para no vernos condicionados por los "malos hábitos" que nos deja la vieja "sociedad industrial", es menester desvelarnos y tenerlos muy presentes. Nos referimos a las ideologías y a la equívoca "cultura del trabajo". Solo así podremos responder a uno de los problemas que ha quedado planteado anteriormente: ¿se da o no se da un cambio en el "valor trabajo"?

Señalamos cuatro de esos "malos hábitos", tal como nos los insinúa A. JANNIERE (véase *Travailler aujourd'hui* en "Etudes", abril, 1985):

El primero consiste en pensar que nuestro tiempo se divide entre horas productivas, y por tanto remuneradas, y horas consideradas como improductivas, estén o no remuneradas. Nuestro hábito es ahorrar el dinero que hemos ganado en nuestras horas de trabajo productivo para gastarlo en nuestras horas de "descanso".

El segundo consiste en dar por supuesto que existe un estrecho vínculo entre trabajo y "fabricación", tanto que nos incapacita para poder imaginar que la producción pueda realizarse de una forma distinta a una sucesión organizada de actos y gestos remunerados.

El tercero consiste en valorar a la persona humana en función de la posición que ocupa en el sistema productivo, con preferencia o exclusión de cualquier otro tipo de criterio valorativo.

El cuarto consiste en planificar el tiempo de no-trabajo, en función exclusiva del trabajo: para "recuperar fuerzas", para "descansar", para "cambiar de ambiente y olvidar", para "evadirse del penoso trabajo cotidiano". Es necesario, se piensa, "escaparse y disfrutar de la naturaleza...". Se fomenta el ocio, las actividades lúdicas para "compensar la fatiga del trabajo". Las vacaciones son un simple "paréntesis" en la vida normal que es la del trabajo.

En el esquema, pues, de la ideología industrial el valor "liberador" del descanso, del tiempo libre, se encuentra, precisamente, en oposición al trabajo obligatorio y penoso. Este planteamiento carece de sentido, o por lo menos tenderá a carecer de sentido, en una sociedad en la que el tra-

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

bajo clásico deja de ser el centro de la actividad humana. Y esto tampoco es "ciencia-ficción".

### a) La disminución del tiempo de trabajo en el ciclo de la vida humana

Los datos estadísticos son evidentes. A comienzos del siglo presente el trabajo de la persona humana representaba el veinticinco por ciento en el conjunto del ciclo de la vida de ésta. Dentro de trece años, al comenzar el siglo XXI, ocupará tan sólo un once por ciento. Dicho de otra forma: el tiempo dedicado al trabajo activo remunerado será de once años (se entiende acumulados a lo largo de la vida). El resto de los años hábiles no dedicados al trabajo en su sentido tradicional será de diecinueve años. Ahora bien, este tiempo "vacío" deberá ocuparse en "algo". Y este "algo" no puede ser, como es hoy para muchos millones de personas, "paro", sin ningún tipo de contenido ocupacional o de actividad.

En efecto, mientras que para muchos el tiempo dedicado al trabajo no ha disminuido, relativamente hablando, para otros sí que ha disminuido. Y esto ha sido en forma de "paro". O todavía peor, en forma de marginación o de exclusión social. En vez de una sociedad en la que todo podría estar mejor repartido, se consolida la sociedad "dual".

No se acaba aquí nuestra reflexión. Si bien es cierto que hoy, para la inmensa mayoría, el tiempo "liberado" por la máquina continúa siendo un "paro bochornoso" y "degradante", con costes sociales dramáticos, también es cierto que se dan indicios, en determinados sectores, de otra percepción del "valor trabajo". Y esto, en cierta medida, puede ser positivo. A ello nos referimos a continuación.

### b) Indicaciones sobre el cambio en la "ética del trabajo"

La hipótesis en que nos estamos moviendo: escasez previsible del trabajo productivo, tal como éste se ha entendido hasta ahora, permite afirmar que el trabajo deja de cumplir con tres de sus funciones específicas en una sociedad-de-trabajo: en primer lugar ya no será el instrumento prioritario de "socialización" de la persona en la sociedad. En segundo lugar, tampoco es el instrumento prioritario de "realización" de la persona. Y en tercer lugar, no podrá ser el instrumento exclusivo para el reparto de la renta. Estos tres factores tímida y dramáticamente presentes ya, en el momento actual, inciden de varias formas en la valora-

---

## Centro de Estudios "Cristianismo i Justicia"

---

ción del trabajo, como uno de los valores fundamentales de nuestra sociedad.

Es decir, se perfilan cambios en el modo de pensar y de comportarse. Si el trabajo para muchos ya no es el centro de la vida, si está dejando de ser el instrumento que permite ganar lo necesario para vivir, si cada vez hay menos personas que encuentran su satisfacción a través del trabajo asalariado y que no pueden "realizarse" a través de él, etc., habrá que concluir que el "valor trabajo", la "ética del trabajo" puede estar sufriendo una seria mutación.

Sin duda estamos en esta dirección. El índice de paro masivo que hoy contemplamos, sobre todo entre los jóvenes, las perspectivas de futuro a las que hemos aludido anteriormente, permiten suponer que lo que antes era un valor esencial en la vida comienza a ser valorado de forma diferente.

¿Es esto cierto? ¿Puede llamarse a esto el fin de la "ética del trabajo"? ¿Puede ser un indicio, como algunos afirman, de que estamos en el umbral de la llamada "ética del ocio"? En el momento de intentar responder a estas preguntas conviene ser cautos. En realidad no sabemos muy bien qué significa eso de la "ética del ocio", a pesar de las sugerentes, a la vez que ambiguas, aportaciones de Lluís RACIONERO (*Del paro al ocio*).

Recuérdese cómo lo que hasta ahora, en buena medida, se ha entendido por "ética del trabajo" está muy relacionado con la ética protestante de la acumulación capitalista (WEBER). Esta ética sí que parece que está llegando a su término, o por lo menos se encuentra en entredicho, por su incapacidad de ofrecer trabajo a todos. Pero es aventurado prever con certeza a dónde va a derivar.

¿Es posible encontrar pistas alternativas a esa "ética del ocio"?

Nuestra reflexión nos obliga a advertir que, hoy por hoy, la vida de "ocio" está al margen de las aspiraciones y posibilidades de la población que no tiene trabajo: ni lo disfruta ni está en condiciones culturales y económicas para disfrutarlo. Todo lo contrario. Pero al mismo tiempo advertimos, también, que en condiciones distintas a las actuales, el no-trabajo podría ser valorado de una forma positiva, si pudiera emplearse en otro tipo de actividades de "ocio-creativo". En realidad estamos lejos de esa posibilidad. La inmensa mayoría de la población está, todavía, "socializada" en torno al "valor trabajo", como uno de los valores más importantes de la vida. Los caminos no son rápidos y no se dan de la noche a la mañana. Sobre todo cuando la oferta cultural y los valores transmitidos

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

por el sistema educativo permanecen anclados en la inercia del pasado. Ello no quiere decir que en determinados grupos no se observe un cambio de sentido. Nos referimos a grupos de cierta extracción cultural más cultivada. En el seminario hemos analizado la aparición de culturas alternativas que empiezan a consolidarse en algunos países de Europa.

Pero está muy lejos de ocurrir en colectivos como los jóvenes sin trabajo en nuestro país (mucho más en los trabajadores adultos, parados de larga duración) que no han tenido una experiencia de trabajo y lo contemplan como algo inalcanzable, por lo menos en su forma tradicional: trabajo estable, como el de sus padres, de acuerdo a una formación profesional previa, como medio de ganarse la vida y de formar una relación de pareja con ciertas garantías de seguridad.

Otra cosa es lo que pueda ocurrir entre ciertas clases medias y profesionales, con una mayor capacidad de imaginación para experimentar otras alternativas culturales y con ciertas garantías económicas que les permitan sustituir el trabajo tradicional por ocupaciones alternativas y más creativas. Pero entre los jóvenes sin trabajo, la mayoría de los cuales proviene en nuestro país de sectores menos equipados culturalmente, las actitudes "alternativas" son escasas, aunque haya excepciones ("Asociación de jóvenes contra el paro", algunas experiencias de "autoocupación" y de producción alternativa). El colectivo joven en paro (los adultos en paro de larga duración, por supuesto, también) experimenta un desencanto progresivo frente a una sociedad que les margina porque afirma no tener posibilidades de ofrecerles un trabajo. Un trabajo que ha sido, hasta ahora, y así lo piensa la mayoría, uno de los vínculos más importantes de integración social. Al carecer de trabajo y con escasísimas expectativas de encontrarlo, estos colectivos buscan lógicamente otros mecanismos compensatorios, más bien marginales, y se ven empujados a otro tipo de actividades, también marginales, que poco tienen que ver con los valores alternativos de propia realización o de ocio creativo. En no pocos casos esta situación se traduce en auténtica marginación patológica y desviación social o en frustración, con todas las consecuencias que ello comporta.

No conviene, sin embargo, generalizar al referirnos al colectivo joven, en el que, como ya hemos dicho, se dan excepciones que no por ser todavía escasas dejan de tener cierta significación. Ellos no han pasado, como sus padres, por la experiencia del trabajo estable como centro de la vida. Y es en este sentido donde se aprecian nuevas actitudes que, en no pocos casos, se orientan hacia otras formas de vivir, de "trabajar". El trabajo no es el punto de referencia principal, por lo menos el trabajo por el trabajo, el trabajo "encadenado" a la máquina, a la disciplina, a la monotonía. Algunos, como ya hemos indicado, descubren formas de autoem-

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

pleo, incluso de autoproducción. Se trata de una forma de actividad en la que encuentran una realización personal alternativa, diferente del trabajo clásico y tradicional. Hay quienes piensan, posiblemente con razón, que es aquí donde deberían encontrarse respuestas al desempleo juvenil, y al desempleo en general. Pero para ello deberían cambiarse sustancialmente los valores transmitidos y proclamados por el actual modelo de sociedad y por las ofertas educativas.

Nos encontramos ante un reto de gran envergadura, mejor dicho, ante un dilema que exige una respuesta con una gran dosis de imaginación y audacia. Es precisamente en el campo de las ocupaciones de utilidad social, de ocio creativo, de defensa de la naturaleza, de educación permanente, de ciertos servicios sociales, de atención a colectivos marginados, etc., donde se encuentran enormes posibilidades de creación de puestos de trabajo, humanamente mucho más gratificantes, sin duda, que los vinculados al proceso productivo clásico. Aquí se encuentra la primera premisa del dilema. La otra es dejar las cosas como están, esperando que los "ajustes" de la oferta y de la demanda arreglen las cosas. El resultado lo conocemos: una sociedad "dual" que segrega marginación y consolida las conocidas bolsas de pobreza.

Al llegar a este estadio en nuestra reflexión, nos hemos vuelto a preguntar ¿existe la voluntad política, la voluntad ética y cultural para optar por la primera premisa del dilema? ¿Disponemos de unas instituciones políticas, ético-culturales (por ejemplo, partidos, sindicatos, la misma conciencia cristiana) capaces de entender este problema con una visión de futuro y no anclados en los valores del pasado? ¿No será la falta de imaginación y de audacia lo que explica la crisis de identidad de esas instituciones, la llamada crisis de la izquierda?

Este ha constituido el siguiente paso en nuestra reflexión, referida fundamentalmente al análisis de la crisis de los valores éticos y culturales de dichas instituciones, y preguntándonos con toda sinceridad los retos que todo ello plantea a la reflexión teológica.

### III. LA CRISIS DE LA IZQUIERDA Y LOS "MOVIMIENTOS SOCIALES" (1)

### IV. LA CRISIS DEL "HORIZONTE UTOPICO"

Esta ha sido la última parte de nuestra reflexión. Creíamos que era necesaria. La magnitud y la complejidad de la crisis y, sobre todo, sus

---

(1) Para esta parte III véase "Algunos aspectos sociopolíticos de la crisis de la izquierda", por Joan Travé, en REVISTA DE FOMENTO SOCIAL, n.º 167, julio-septiembre 1987, págs. 243 a 259.

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

consecuencias nos han llevado a hacernos estas preguntas finales: ¿Debemos conformarnos a que las viejas y siempre nuevas aspiraciones de la humanidad para alcanzar una sociedad libre y solidaria queden transformadas en un deseo inalcanzable? ¿No hay más remedio que someternos pasivamente a las leyes del posibilismo y del pragmatismo realista? ¿No hay otros caminos alternativos?

Tras estas preguntas subyace un interrogante fundamental: ¿No será que se ha perdido el horizonte utópico, capaz de inspirar e impulsar nuevas formas de vida, nuevos valores éticos y culturales? No nos referimos, claro está, a una utopía de "ciencia-ficción", sino a una utopía que se fundamenta a partir del análisis de la realidad y que cree que lo que hoy no es, mañana sí puede ser.

Somos conscientes que la palabra "utopía" está, también, en crisis, está desprestigiada. Se la identifica con romanticismo, con sueños ilusorios, desconectados de las leyes de la realidad. ¿No será esto una falacia que ha introducido la cultura dominante? De hecho lo que se condena bajo el nombre de utopía es cualquier proyecto alternativo al sistema. Pero lo que más nos preocupa es cuando el "proceso a la utopía" se lleva a cabo por partidos de izquierda, incluso por sindicatos que, en sus orígenes, habían encontrado en la utopía realista (no en la utopía de "ciencia-ficción") su inspiración y su fuerza. Y se abandona la utopía en nombre del "realismo posibilista".

¿Qué alcance tiene esta sospecha?

### a) ¿Se ha agotado el pensamiento utópico?

Posiblemente una de las actitudes que determina la pauta política y el patrón cultural es la creencia de que estamos asistiendo al agotamiento del pensamiento utópico. "Hoy, nos recuerda J. HABERMANS, parece como si las energías utópicas se hubiesen consumido, como si se hubiese abandonado el pensamiento histórico... El futuro parece cargado negativamente; en el umbral del siglo XXI se dibuja el panorama aterrador de unos riesgos que, a nivel mundial, afectan a los propios intereses generales de la vida... Se extiende la sospecha que el agotamiento de las energías utópicas no solamente es la indicación de un pesimismo cultural transitorio. Podría ser la indicación de un cambio en la creencia moderna del tiempo. Tal vez se esté diluyendo, otra vez, aquella amalgama del pensamiento histórico y del pensamiento utópico".

---

## Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"

---

Subyacente a esta realidad, dicen ciertos pensadores, está la irrupción de la época postmoderna que significa la liquidación definitiva de la confianza en la razón, tal como se había prefigurado en la época de la Ilustración. Para la postmodernidad "la auto-consciencia es la alternativa a la conciencia de clase; la conciencia narcisista es la alternativa a la conciencia política" (J. VIDAL BENEYTO). La atonía y la indiferencia son elevadas a la categoría de valor universal. Las soluciones individualistas, el escapismo social, en definitiva "el sálvese quien pueda", aunque a alguien le pueda parecer que estamos simplificando un tanto, es el "leitmotiv" de la posmodernidad.

La alternativa real que propone la postmodernidad no va a modificar, pues, las profundas desigualdades existentes en nuestra sociedad heredadas de la modernidad. El discurso postmoderno es globalmente paralizador y neutralizador para todo tipo de transformación emancipatoria, a pesar de que en algunos filósofos de esta corriente de pensamiento puedan vislumbrarse algunas propuestas que, aisladamente, podrían ser capaces de aportar alguna luz en estos momentos de crisis y de desconcierto.

No sólo el realismo de la modernidad que, en nombre de su pragmatismo posibilista, segrega y consolida el paro, la pobreza y la marginación. No sólo el escapismo de la postmodernidad, que se desentiende de la transformación social. Junto a estas dos propuestas y actitudes anti-utópicas y anti-emancipatorias, también coexiste, en no pocos casos, la actitud de la impotencia frente a la prepotencia. Es decir, la conciencia de la crisis es vivida desde un sentimiento de impotencia, de derrota irreversible. En este sentido va emergiendo en nuestra sociedad, en no pocos sectores, una cultura de la "negatividad": no al rearme, no a la energía nuclear, no a la depredación de la naturaleza, no a la política, no a la OTAN... Pero esta actitud, con mucha frecuencia no llega a hacer propuestas alternativas para superar eficazmente el estado de las cosas. Pueden ser propuestas parciales o sectoriales, pero no van a la raíz del problema global de la sociedad.

### **b) La necesidad de reafirmar y recuperar la utopía**

El hecho de que viejas utopías, como la de creer en el crecimiento indefinido y sin límites, se hayan venido abajo, no significa para nosotros la liquidación del pensamiento utópico. Más bien lo afirman.

Precisamente porque de las ruinas de la vieja sociedad que nos deja paro, pobreza, y tantas formas de marginación y de desigualdad, tal

---

## La crisis actual: análisis, alternativas

---

como hemos analizado en los apartados anteriores, deben y pueden surgir nuevas propuestas. Propuestas que, en todo caso, deberán diseñarse en el marco de un horizonte utópico. Sin este horizonte utópico seremos incapaces de liberarnos del pragmatismo posibilista, de las inercias del pasado y del narcisismo individualista de la postmodernidad.

¿Dónde se encuentra este horizonte utópico?

Frente a la crisis del trabajo, frente a la prevalencia del consumo material sobre el consumo cultural, frente al simple electoralismo de los partidos políticos, frente a las tendencias corporativas de algunas reivindicaciones sindicales, frente a la crisis de los valores solidarios, nosotros creemos que, de una forma seria y científica, pueden diseñarse y llevarse a la práctica caminos alternativos.

Repartir el trabajo, ofrecer nuevos contenidos culturales, llenar de contenido ético y solidario a la actividad política y sindical, vivir de forma distinta la vida cotidiana, etc., es posible. Lo que hace falta es una voluntad política y cultural diferente, que se inspire en esos nuevos valores utópicos basados en el conocimiento de la realidad.

Cuando decimos esto, no lo decimos desde una perspectiva simplemente voluntarista. Todo el contenido del análisis que hemos hecho en el seminario y que ha quedado reflejado en las reflexiones anteriores, nos da pie para afirmar que Paulo FREIRE tenía razón cuando aseguraba que la utopía es "lo inédito viable".

En efecto, a lo largo del seminario hemos podido constatar cómo la situación de crisis en no pocos sectores ha sido motivo de la aparición de iniciativas de solidaridad activa con aquellas personas que padecen las consecuencias más dramáticas del paro (hambre física, escolarización de los hijos, déficits de asistencia sanitaria...). Y lo que es más significativo, la misma crisis ha sido causa de que apareciesen formas imaginativas de creación de nuevas formas de ocupación en régimen de auto-organización, entre jóvenes y adultos. Tras todas estas nuevas experiencias de trabajo solidario, de ocupaciones socialmente útiles, están emergiendo nuevos valores éticos y culturales.

El problema está en que, en buena medida, ni los partidos ni los sindicatos ni las instituciones educativas, son permeables a estas nuevas sensibilidades y valores.

Aquí, pues, se sitúa el horizonte utópico.

---

**Centro de Estudios "Cristianisme i Justicia"**

---

No como una certeza científica de que se va a alcanzar ya ahora, sino como una apuesta que da sentido a las alternativas de acción, a las formas de hacer política, a los actos de solidaridad, a los nuevos valores éticos que deberán configurar al "hombre nuevo".

A esto llamamos, también, anticipar los valores utópicos, sin los cuales, cualquier alternativa que podamos imaginar y proponer para dar una respuesta utópico-realista a la crisis que nos amenaza no tendría ningún sentido.